

#### 4. La renuncia a los propios intereses

¿Qué significa renunciar a los propios intereses para buscar los de Jesucristo? Intentemos comprender esto porque es una cuestión vital.

Pablo en Filipenses 2,21 se queja de que cada uno busca sus propios intereses y no los de Jesucristo. Utiliza el verbo *zeteo*, que en latín se traduce por *quaerere*, que significa “buscar”, estar en busca de algo y alguien que deseamos, que nos falta, de lo que no podemos prescindir. Es el verbo que la Biblia utiliza también para buscar a Dios. En la Regla, es el verbo que San Benito utiliza para expresar la condición fundamental que debe examinarse en el novicio para comprender si tiene o no la vocación: “*si revera Deum quaerit* – si busca verdaderamente a Dios” (RB 58,7).

Es interesante el aspecto de la renuncia a los propios intereses para buscar a Dios y sus intereses, que se enfatiza en la Regla. En efecto, el que se presenta en el monasterio para entrar debe ser maltratado, se le hace esperar fuera de la puerta (imagino que con cualquier tiempo) e incluso soportar “injurias y dificultades” (RB 58,3). Hoy en día, si llega un postulante, inmediatamente le ponemos la alfombra roja y le decimos que la vida monástica es lo mejor para él o ella, y tal vez le decimos que puede traer al monasterio todo lo que le gusta y quiere, teléfonos móviles, ordenadores, contacto diario con todos sus amigos y familiares, y si ha hecho estudios o se ha formado para una profesión, le prometemos que puede ponerlo al servicio del monasterio, prácticamente desde el principio. Sí, es cierto, tendrá que hacer un año de noviciado un poco más apretado, pero se le pasará rápido, se hará todo lo posible para distraerlo del aburrimiento que conlleva, e inmediatamente después podrá ponerse a estudiar y hacer lo que le gusta como antes... Exagero, pero por desgracia... ¡no demasiado! Lo que a menudo se pierde es la comprensión de que abrazar la vocación de seguir a Cristo no es posible sin renunciar a la búsqueda de los propios intereses para buscar los de Cristo.

El “maltrato” que prevé Benito con respecto a los postulantes –que quizás hoy llevaría a la denuncia y al arresto del abad, del portero y del maestro de novicios– no es para mostrar rigidez o para desanimar a los caracteres débiles e indecisos. Pretende, sobre todo, dejar claro desde el principio que entrar en una vocación debe suponer un salto en la búsqueda del corazón, en lo que verdaderamente deseamos. Se trata de verificar si buscamos a Dios hasta el punto de sacrificar nuestros intereses a los suyos, lo que es para nosotros a lo que es para Él. El que se encuentra “cuatro o cinco días” (RB 58,3) a la puerta del monasterio, tal vez en invierno con la nieve, o en verano con el calor abrasador, y cada vez que llama no le abren la puerta, le dicen que no hay sitio para él, que se vaya, es obvio que debe preguntarse: ¿Pero qué interés tengo en entrar en este lugar? ¿Qué gano con esta forma de vida que me rechaza? ¿No es mejor que vuelva a casa, a mi vida, a mis intereses?

¿Qué es lo que le permite a uno quedarse, seguir llamando hasta que le abran la puerta y le digan: 'Muy bien, quédate'? O bien persiste porque está loco o tan desesperado que incluso el abuso que sufre es mejor que lo que experimenta fuera; o bien se queda porque busca algo más grande que sus intereses, porque busca los intereses de Jesucristo, busca a Dios.

Esta prueba de lo que busca el corazón no termina cuando finalmente le dejan entrar en el monasterio: continuará durante el tiempo de noviciado. San Benito pide, en efecto, que “un anciano capaz de ganar almas” se ocupe de examinar cuidadosamente si el novicio “busca verdaderamente a Dios, si es solícito para el Oficio Divino, para la obediencia, para las cosas desagradables (*oppropria*)”, y añade que se le debe decir de antemano (*praedicentur*) “todas las cosas duras y ásperas a través de las cuales se llega a Dios” (RB 58, 6-8).

Esta prueba no terminará después de la profesión: toda la vida monástica es este camino hacia Dios en el que muchas situaciones y circunstancias pondrán siempre a prueba la razón profunda de la perseverancia, de la fidelidad, y lo harán pidiéndonos que elijamos una y otra vez buscar los intereses de Cristo antes que los nuestros. Todo el camino descrito por la Regla habla básicamente de esta elección del corazón que no se hace de una vez por todas, porque siempre buscamos la plenitud, siempre buscamos la felicidad. Y esto es bueno, porque es Dios quien nos ha creado así, quien nos ha dado un corazón así. Ay, si dejáramos de buscar la felicidad: dejaríamos de ser nosotros mismos, dejaríamos de ser humanos como Dios moldeó al hombre y a la mujer, llenándolos del deseo de lo infinito.

Pero de lo que se trata es precisamente de comprender, o, mejor dicho: de dejarnos anunciar por Cristo, por el Evangelio, que nuestra verdadera felicidad no está en la búsqueda de nuestros propios intereses, sino en la búsqueda de los intereses de Dios y de los demás. Este es el gran misterio de la vida, el gran misterio que el cristianismo ha venido a iluminar plenamente y que se ha proclamado junto con el pregón pascual desde hace dos mil años, porque es un misterio inherente al misterio pascual: que el hombre encuentra la plena satisfacción de los intereses de su corazón renunciando a la búsqueda de sus propios intereses y abrazando los de Cristo. Es una paradoja, es una locura, pero una locura en la que se encuentra la sabiduría pascual del cristianismo, una realidad inconcebible pero real, tanto que es posible experimentarla, comprobar que efectivamente es así. Cristo mismo lo atestigua, encarnándose, viviendo como pobre y servidor de todos, y sobre todo muriendo en la cruz y resucitando. Y en el seguimiento de Él, todos los santos lo atestiguan, empezando por el buen ladrón que se convirtió en santo en pocos minutos, no sólo por la suerte de ser crucificado junto al Redentor, sino precisamente porque comprendió que ante Él muriendo en la cruz, no tenía que buscar su propio interés, que era el de sobrevivir, como pedía el otro ladrón, sino que debía abandonarse a los intereses de Cristo, siguiéndole, dejándose salvar y llevar al Paraíso.

Porque –y aquí radica toda la solución a la paradoja cristiana– ¿cuáles son realmente los intereses de Cristo? Los intereses de Cristo, los intereses de Dios, son la salvación del mundo, la redención de los pecadores, nuestra salvación. Por eso, nadie puede buscar sus propios intereses más y mejor que buscando los de Jesucristo.